

LA FE EN 'ALGUIEN', FUNDAMENTO DEL DISCÍPULO Y DE SU ACCIÓN A LA LUZ DE APARECIDA

FAITH IN "SOMEBODY", THE BASIS OF DISCIPLESHIP AND ACTION
IN THE LIGHT OF THE APARECIDA DOCUMENT

Cristián Roncagliolo¹

Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago-Chile

Resumen

El presente artículo aborda el tema del discipulado en Aparecida y la novedad que esta categoría aporta a la teología pastoral latinoamericana. Nos aproximamos al tema desde la realidad de la fe, como principio vital del acontecimiento cristiano. La dinámica de la investigación busca develar que el seguidor de Cristo es, ante todo, un creyente y que este presupuesto, que en otro tiempo se daba por evidente, hoy no lo es. Por lo mismo, la auto realización de la Iglesia en el hoy de la historia encuentra en la Conferencia de Aparecida una verdadera rectificación, invitando a re focalizar el devenir teológico pastoral, no en las innumerables iniciativas pastorales, sino en la persona que las realiza y su necesaria formación cristiana. En pocas palabras, la centralidad en la persona del discípulo obliga a partir todo proceso evangelizador desde un eslabón anterior.

Palabras clave: Aparecida, Fe en Aparecida, discipulado, misión.

Abstract

This article examines the theme of discipleship in the Aparecida document and the innovation that it brings to Latin American pastoral theology. We approach the theme from the reality of faith, as a vital principle of Christian experience. The research dynamic seeks to show that the follower of Christ is above all a believer, and that this presupposition, obvious in former times, is no longer obvious today. For this reason, the self-realization of the Church in this historical moment finds a real rectification in the Aparecida Conference, inviting us to re-focus theologically our pastoral future,

¹ Doctor en Teología. Vice Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: padrecristian@gmail.com

not through innumerable pastoral initiatives, but on the people that carry them out and their essential Christian formation. In a few words, the focus on the person of the disciple forces us to base each evangelizing process on something that precedes it.

Keywords: Aparecida, Faith in Aparecida, Discipleship, mission.

Las Conferencias Generales del Episcopado son un acontecimiento eclesial relevante para Latinoamérica y el Caribe. La historia reciente evidencia que cada una de éstas ha suministrado una nutrida propuesta teológico-pastoral, con el trasfondo del Magisterio universal aplicado a la coyuntura de las Iglesias particulares del Continente.

Uno de los temas centrales de todas las Conferencias ha sido la preocupación por la persona humana, en el contexto específico del hombre latinoamericano y su realidad socio histórica. La V Conferencia de *Aparecida* no fue la excepción². Bajo el lema *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan Vida. 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida' (Jn 14, 6)* procuró orientar la reflexión teniendo como hilo conductor la figura del discípulo. Con una clara diferencia con las anteriores Conferencias *Aparecida* puso el acento en la persona creyente, asumiendo un giro pastoral, que buscó focalizar la mirada no en lo que ha de hacer el cristiano sino en la persona que hace, a quien denomina discípulo.

Este giro, copernicano en estas latitudes, tiene un sustrato aún más profundo: apunta a fijar la mirada en el hombre que cree en un 'Otro', que es Dios, y que en ese 'Otro' encuentra la explicación y sentido a toda su vida. Es decir, en la fe como matriz de una relación personal suscitada por Dios, y que provoca el discipulado. Sinfónicamente, al convocar el Año de la Fe explica lo que proféticamente impulsó en *Aparecida*. Señala: "Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común [...]. De hecho este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado" (PF 2).

Asumiendo como tesis el giro copernicano antes señalado, procurare-

² La edición que se usará como fuente es: V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE EN APARECIDA, *Documento conclusivo*, CELAM, Bogotá 2007.

mos preguntarnos primeramente qué se entiende por 'discípulo' en *Aparecida*. Esta interrogante lleva aneja una comprensión de la fe que tiene como correlato existencial el camino de seguimiento de Cristo. Será consecuencia lógica abordar, en un tercer momento, la acción pastoral en vista a la transmisión de la fe buscando relevar algunas coordenadas derivadas de la V Conferencia.

1. El acontecimiento de la fe

Para realizar un primer acercamiento al tema resulta iluminador el *Discurso inaugural* de la V Conferencia, en el cual Benedicto XVI proporcionó una consistente fundamentación teológica sobre el discipulado, destacando que sus cimientos están en la realidad de la fe.

1.1. El realismo de la fe

¿Qué es la realidad? Con esta pregunta el Pontífice hace frente a las ideologías que, desde diversas vertientes, han bañado el continente latinoamericano con una creciente concepción materialista sobre el hombre cercenando a Dios de la cultura. Benedicto XVI afirma que "Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de 'realidad'" (DI 3) y por tanto actúa en ella de modo fragmentado, sin conducir al hombre por un camino de plenitud. Sólo mediante el reconocimiento de Dios el hombre es capaz de conocer la realidad y actuar en ella adecuada y humanamente. Este reconocimiento de Dios tan solo puede realizarse siguiendo el único camino que conduce a Él: Cristo (cf. DI 3)³. En consecuencia, afirma: "Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano" (cf. *ibid*) y que ama hasta el precio de la cruz.

La lógica del Sucesor de Pedro se torna aún más aguda. Se pregunta "¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo?" [...]. El mismo responde "sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo [...] lo conoce" (DI 3). De ahí la importancia insustituible de Cristo para toda la humanidad porque si

³ BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida*, 13 de mayo de 2007, en AAS 99 (2007) 445-464.

no conocemos a Dios en Cristo, y en Cristo crucificado, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable (cf. DI 3).

Cuando el hombre llega al conocimiento y a la convicción “de ese amor de Cristo ‘hasta el extremo’, no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: ‘Te seguiré donde quiera que vayas’ (Lc 9, 57)” (DI 3). El discipulado entonces es la resultante del encuentro del creyente con la persona de Jesús, es la respuesta natural al amor recibido y el inicio de toda vida auténticamente cristiana, es decir, plenamente humana y, al mismo tiempo, con un claro horizonte trascendente. La experiencia de la fe, por tanto, compromete no solo la inteligencia, sino los sentimientos, los afectos y la voluntad, por lo que pensar como Cristo va entrañablemente unido al sentir y al amar como él.

Una tercera pregunta completa este marco reflexivo: ¿Qué nos regala la fe en este Dios personal? Nos regala la familia de la Iglesia. En efecto, la fe nos libera del yo para llevarnos a la comunión con un Tú y con un nosotros eclesial, liberándonos de todo individualismo para conducirnos a una relación donde somos con el ‘Otro’ y con los ‘otros’ en una admirable circulación de la caridad. Como sostiene el Papa “el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás” (DI 3). Por ello la fe es un don que nos constituye como pueblo de Dios, como Iglesia.

1.2. El discipulado como correlato existencial de la fe

Esta reflexión introductoria sobre la fe sitúa a la Conferencia de *Aparecida* en unas coordenadas novedosas: refiere al discipulado como la manifestación viva de la fe, como el modo por medio del cual el cristiano ha de vivir la experiencia dinámica de creer en un Alguien que es camino de vida, plenitud de existencia y principio de comunión.

Así entendido, el Magisterio de los obispos de Latinoamérica y del Caribe transita, como ya se enunció, desde un paradigma en el que el centro de la reflexión estaba en el objeto de la evangelización y de la acción de la Iglesia, a otro en el cual el centro está en el sujeto creyente, entendido como discípulo; desde un énfasis en la opción por los pobres y en la nueva evangelización a uno en el que, sin olvidar los tópicos enunciados, la im-

postación está en aquél hombre de fe que, arraigado en Cristo (cf. Col 2,7), ha de realizar la opción o la tarea evangelizadora señalada.

Focalizado el núcleo de reflexión el discípulo –el hombre creyente en Cristo–, los obispos invitan a recrear el camino de seguimiento para recomenzar “desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo” (DA 11), desde la contemplación de quien ha revelado “en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido” (DA 41).

Esta certeza surge de una audaz y revolucionaria afirmación para estas latitudes: la tarea de transmisión de la fe “no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos [renovados en su fe y, por tanto, en su ‘ardor’] que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (DA 11).

En una forma sintética la *‘ortodoxia’* (recta fe) fundamenta y se expresa en la *‘ortopraxis’* (recta práctica). Así, *Aparecida* se hace cargo del tema de la fe desde una orientación práctica apelando a la vida discipular y misionera del creyente, sin soslayar que la auténtica vida creyente pasa por una consistencia personal (espiritual y doctrinal). La experiencia de la fe, por tanto, compromete no solo la inteligencia, sino a todo el hombre.

2. El discipulado: la *‘ortopraxis’* de la fe

Lo señalado precedentemente nos permite afirmar que el tema de la fe en *Aparecida* está abordado preferentemente desde la *ortopraxis* cristiana. En efecto, el discípulo de Cristo es el sujeto que existencialmente le da vida a la fe creída y confesada. En otros términos, la *‘ortopraxis’* en *Aparecida* significa repensar la misión de la Iglesia revitalizando la novedad del Evangelio, a partir de un encuentro personal y comunitario con Jesucristo. Este desafío depende, como lo enunciamos precedentemente, de hombres que encarnen la tradición y la novedad del Evangelio (cf. DA 11). Así, forjar la identidad de la persona creyente se transforma en la hoja de ruta de la V Conferencia y donde la Vida plena será la consecuencia necesaria.

Un aspecto nuclear en este proceso discipular está en “la experiencia

de Dios, manifestado en Jesús” (DA 280), quien revela “el amor infinito de Dios Padre a los hombres” (DI 2). La fe en Jesús es la puerta de entrada a la vida nueva (cf. DA 101), entendiendo por tal la “participación en la vida del amor del Dios Uno y Trino” (DA 357).

¿Qué rol juega el Bautismo y los sacramentos de iniciación cristiana en este dinamismo? El proceso discipular tiene como sustrato sacramental el Bautismo en virtud del cual los cristianos, al menos ‘ontológicamente’, son discípulos y misioneros (cf. DA 10; 357). Nos detenemos en la expresión ‘ontológicamente’, porque, si bien el acontecimiento bautismal constituye “el punto de inicio de toda espiritualidad cristiana” (DA 240) y, por tanto, del discipulado, ello no quita que los cristianos deban “llegar a serlo siempre de forma nueva mediante la asimilación viva del don de ese sacramento”⁴, tomando conciencia que esta vocación requiere una ulterior maduración y desarrollo para que los bautizados vitalmente –y no solo de manera conceptual– asuman lo que significa ser cristianos y hagan *ortopraxis* esta realidad con toda la radicalidad que ello implica. H. U. von Balthasar sintetiza magistralmente lo señalado al afirmar que “lo definitivo es, sacramentalmente el Bautismo y su marca indeleble; pero el Bautismo exige una ratificación existencial”⁵.

En la línea de asimilación viva de este sacramento se mueven las coordenadas de *Aparecida*. En su horizonte está ayudar a los bautizados para que vivan su fe con alegría y coherencia, y para que tomen conciencia de que son discípulos misioneros de Cristo, buscando despertar en unos (cf. DA 324) y forjar en otros la identidad discipular (cf. DA 14). Como señaló Benedicto XVI hace algunos días “la fe es acoger este mensaje transformador en nuestra vida, es acoger la revelación de Dios, que nos hace conocer quién es Él, cómo actúa, cuáles son sus proyectos para nosotros” (*Benedicto XVI, Catequesis, 17 de octubre, Ciudad del Vaticano, 2012*).

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso de su santidad Benedicto XVI a los cardenales, arzobispos, obispos y prelados superiores de la curia romana*, 21 de diciembre de 2007, en *AAS* 100 (2008) 26-33, 29.

⁵ H. U. VON BALTHASAR, *Quién es cristiano*, Sígueme, Salamanca 2000, 89-90.

3. Encuentro con Jesucristo⁶

En este dinamismo de fe, propio de la vida discipular, emerge otra categoría teológica de gran riqueza: el 'encuentro' con Jesucristo, en la perspectiva insinuada en las Conferencias Generales anteriores, esbozada en *Ecclesia in America*, y formulada magistralmente por Benedicto XVI en su primera encíclica: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (DCE 10). En plena continuidad *Aparecida* afirma que el encuentro con Cristo "es el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo" (DA 243)⁷.

A partir de este planteamiento, surgen algunas preguntas: ¿qué se entiende teológicamente por 'encuentro'?, ¿cómo lo asume *Aparecida*?, ¿cuál es su relación con el discipulado?, ¿dónde o cómo se realiza este encuentro?

3.1. 'Encuentro' como categoría teológica

En un contexto amplio, esta categoría es hoy reconocida por la teología como una dimensión esencial en la revelación cristiana. El pensamiento personalista, el surgimiento de las escuelas filosóficas de cuño historicista, el redescubrimiento del pensamiento de los Padres y el afianzamiento de los estudios bíblicos son los movimientos que desembocan "en la comprensión que la *Dei Verbum* hace de la revelación a través de categorías históricas, interpersonales y dialógicas. Esta comprensión de la revelación va confluir en la categoría 'encuentro' como inspiradora de la reflexión que sobre la revelación hace dicha Constitución"⁸.

Fruto de este proceso, la revelación cristiana es concebida hoy –con bastante consenso entre los teólogos–, no primeramente como la comuni-

⁶ La categoría 'encuentro', y sus derivados, con una clara referencia cristológica, es enunciada más de 75 veces en el *Documento de Aparecida*.

⁷ Esta óptica responde a una comprensión interpersonal del proceso de la fe. Para Benedicto XVI, cuya influencia en *Aparecida* fue sustancial, "tener fe significa creer en Alguien, no en algo, lo que supone el encuentro con Jesucristo" (J. RATZINGER, *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y caridad*, Edicep, Valencia 2005, 18).

⁸ A. CADAVID, "La Cristología en el Documento de Aparecida", *Medellín* 33 (2007) 131, 417-445, 430.

cación de un saber, sino como la libre, amorosa y gratuita auto-comunicación y auto-donación de Dios, que alcanza su culmen en Jesús de Nazaret, “rostro humano de Dios y rostro divino del hombre” (DA 392). Él sale al encuentro del hombre de una manera personal e histórica y le revela su amor en las condiciones en las que al hombre le resulta posible el encuentro con Él: en la historia (entendida como el lugar de lo nuevo e inesperado, como espacio de la libertad humana), y por la palabra (como elemento esencial de diálogo que posibilita la apertura, el reconocimiento y la comunión, desentrañando e interpretando así el sentido profundo de los acontecimientos). En este contexto, la fe ya no es tanto el resultado de una información sublime sino la comunicación personal con Alguien, con Cristo vivo, que es la auto-comunicación de Dios, y un itinerario de plenitud para el hombre, que “comporta hechos y cambia la vida” (SS 2).

3.2. De la fe como ‘creencia’ a la fe como ‘encuentro’

A partir de lo señalado una de las novedades de *Aparecida* es subrayar que el origen del acontecimiento cristiano está en el llamado del Padre al encuentro con su Hijo para ser sus discípulos y para ser enviados a evangelizar (cf. DA 14)⁹, participando en la Vida salida de Sus entrañas (cf. DA 131). El discípulo, entonces, no está convocado para algo –purificarse, aprender la ley...– sino, en primer lugar, para Alguien, elegido para vincularse íntimamente con Jesús (cf. DA 131), para encontrarlo.

El inicio del discipulado está la persona del Hijo que sale al encuentro del hombre para ser ‘conocido’, para dar un horizonte íntegro a la vida y para revelar la plenitud del amor divino y humano¹⁰. Cuando el hombre

⁹ Cf. C. GALLI, “Líneas cristológicas en *Aparecida*”, en: CELAM, *Testigos de Aparecida. I*, CELAM, Bogotá 2008, 135.

¹⁰ Benedicto XVI, a propósito de *Aparecida*, se preguntaba “¿qué significa ser discípulos de Cristo? En primer lugar, significa llegar a conocerlo. ¿Cómo se realiza esto? Es una invitación a escucharlo tal como nos habla en el texto de la Sagrada Escritura, como se dirige a nosotros y sale a nuestro encuentro en la oración común de la Iglesia, en los sacramentos y en el testimonio de los santos. Nunca se puede conocer a Cristo sólo teóricamente. Con una gran doctrina se puede saber todo sobre las Sagradas Escrituras, sin haberse encontrado jamás con él. Para conocerlo es necesario caminar juntamente con él, tener sus mismos sentimientos, como dice la *Carta a los Filipenses* (cf. Flp 2, 5). San Pablo describe brevemente esos sentimientos así: tener el mismo amor, formar una sola

llega a ese encuentro de fe (cf. DA 243), a la comprensión vital de ese amor personal 'hasta el extremo', cuando logra experimentar el acontecimiento de Cristo, cuando inicia el camino para conocerlo "no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: 'te seguiré donde quiera que vayas (Lc 9, 57)'" (DA 243)¹¹. El discipulado, entonces, que es primeramente una gracia (cf. DA 18), es la resultante del encuentro del creyente con la persona de Jesucristo¹². Este 'encuentro' se constituye en el suceso originario y fundamental. Cualquier definición de discípulo, si no llega a identificar este punto genético, se queda siempre en una identificación penúltima¹³.

3.3. Lugares privilegiados de encuentro con Jesús

¿Cuáles son los lugares privilegiados –aunque no exclusivos– dónde se puede encontrar a Jesús?, o en otros términos "¿cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con Él, para encontrar la vida en Él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo?" (DI 3). De una manera prevalente, aunque no excluyente, la V Conferencia privilegia una serie de 'lugares' teniendo como marco básico para su realización la fe recibida, la mediación de la Iglesia (cf. DA 246), y la búsqueda de Cristo, que no se puede reducir a algo meramente abstracto (cf. EA 12) sino que debe ampliarse valorando la experiencia personal y lo vivencial, considerando los encuentros también en cuanto éstos sean significativos para la persona (cf. DA 55).

En el dinamismo concretizador de *Aparecida*, los lugares o personas son múltiples y diversos: la "Sagrada Escritura leída en la Iglesia" (DA 247), Sagrada Liturgia (cf. DA 250), la Eucaristía como "el lugar privilegiado del

alma, estar de acuerdo, no hacer nada por rivalidad y vanagloria, no buscar cada uno sólo sus intereses, sino también los de los demás (cf. Flp 2, 2-4)" (BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana*, 29).

¹¹ A. Arteaga indica al respecto que "hablar de Jesucristo es hablar de lo esencial de la fe cristiana. Lo cristiano no es una filosofía ni una ética ni un movimiento social, antes que nada es una persona, Jesucristo, lo demás es consecuencia" (A. ARTEAGA, "La increíble actualidad del misterio de Cristo", en *Teología y Vida* 45 [2004] 1/2, 202).

¹² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana*, 29.

¹³ Cf. F. PETRILLO, "Conciencia y fidelidad de los discípulos misioneros", en: PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, *Aparecida 2007. Luces para América Latina*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2008, 126.

encuentro del discípulo con Jesucristo” (DA 251), el Sacramento de la Reconciliación, la oración personal (cf. DA 154), la oración comunitaria (cf. DA 255), la piedad popular (cf. DA 258), María (cf. DA 267-268); y los apóstoles y santos, (DA 273), la comunidad que –viva en la fe y en el amor fraterno– despliega dentro de sí y fuera de sí la vida, haciendo suya la existencia de Jesús (cf. DA 256); los que han recibido el Sacramento del Orden (cf. DA 256), y los pobres como reflejo del mismo Cristo (cf. DA 257).

Los lugares o personas enunciados ayudan a vivir el acontecimiento del encuentro con Jesús vivo con extraordinario realismo y concreción. De ahí que la emergencia del discipulado cristiano impulsa a la Iglesia a revitalizar, hoy, la experiencia de aquellos primeros seguidores que buscaban (cf. Jn 1, 38), y de Jesús que los invita: “Vengan y lo verán” (Jn 1, 39). Ahí está el origen del cristianismo: en un encuentro de fe, no con una doctrina, no con un mito, ni con una ley; no con un conjunto de prácticas, ni con un sinnúmero de actividades, sino con la persona de Jesús, que conlleva una doctrina y una *ortopraxis* evangélica (cf. DA 243). Esa es la “síntesis única del método cristiano” (DA 244).

4. El seguimiento, un camino ‘per formativo’ de la fe del discípulo

Con diferentes imágenes bíblicas se evidencia cómo el Padre revela su proyecto de vida para sus hijos, primero a través de su pueblo Israel y luego, en la plenitud de los tiempos, a través de Jesús, su Hijo (cf. DA 129-130), evidenciando que “la verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito” (DCE 12). En este contexto salvífico, en el que Dios asume las coordenadas del hombre, menos en el pecado, surge el discipulado como la respuesta de fe a la llamada de Jesús (cf. DA 244), que “comporta hechos y cambia la vida” (SS 2).

4.1. Encuentro, seguimiento y convivencia con Jesús

El discipulado implica el seguimiento concreto y permanente de Jesucristo –‘ir detrás de él’–, estando signado por el llamado, que involucra la elec-

ción gratuita del Maestro, el vínculo de fe con Él¹⁴ y la *praxis* evangélica, porque el reconocimiento y aceptación conlleva un imperativo concreto de configurar la propia vida con la de Jesús, lo que hemos denominado *orto-praxis*.

El hombre ama porque antes es amado por Alguien que sale a su encuentro. El seguimiento o la existencia cristiana tienen su punto de partida en el amor gratuito de Dios. Jesús invita a encontrarlo, a convivir con Él y a seguirlo no como un personaje de la historia pasada, sino presente en el hoy y en el ahora de la vida (cf. DI 4)¹⁵.

Esta convivencia con Jesús va haciendo evidentes algunos rasgos propios de los discípulos: que Jesús los elige para vincularlos a su persona (cf. Mc 1, 17; 2, 14)¹⁶; que son inmersos en un proceso que producirá en ellos una 'ruptura', dejando 'lo anterior' para asumir progresivamente el estilo, las motivaciones y el destino de Jesús; y que serán enviados a predicar (cf. Mc 3, 4), para hacer nuevas todas las cosas (cf. DA 131)¹⁷. Su llamada, su mirada de amor y la admiración que despierta "buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo" (DA 136) que lo comprometa existencialmente en un proceso de identificación con Jesús.

La convivencia con Cristo resulta entonces fundamental en el momento de concretar este seguimiento, porque en ella se aprende a 'ser' y 'hacer' como Jesús. Esto no significa reducir el discipulado a una imitación de acciones ni a un intimismo religioso. La convivencia con Jesús tiene una fundamental raíz religiosa porque el discípulo aprende a relacionarse, por

¹⁴ Cf. L. RIVAS, "Discípulos para la misión en el Nuevo Testamento", *Teología* 94 (2007) 473-505.

¹⁵ J. Sayés afirma luminosamente que "el camino del evangelio no es un conjunto de principios, una vida espiritual. El camino es Jesús en persona, y la novedad es esta: que los hombres reconozcan a Dios y al que él ha enviado" (Jn 17, 3) (J. A. SAYÉS, *Razones para creer*, San Pablo, Madrid 1992, 126).

¹⁶ Como acertadamente sostiene un autor "lo que llama la atención, a propósito de Jesús, es que él en persona se coloca en el centro de la vida religiosa [...]. La exigencia de Jesús no es una exigencia intelectual; es una exigencia que tiene como contenido a él mismo. [El seguimiento, por tanto, consiste en] confesar a Jesús como centro mismo de nuestra propia existencia" (J. A. SAYÉS, *Razones para creer*, 124-125).

¹⁷ Esta vocación "no es un período pasajero en el cual el discípulo aprende y se torna maestro, sino un estilo de vida permanente que consiste en la comunión con la persona, el mensaje, la actuación, el destino y la misión de Jesús" (C. GALLI, *Líneas cristológicas en Aparecida*, 161).

Cristo, en el Espíritu, con el Padre. Pero al mismo tiempo, como consecuencia de ello, tiene también una profunda raíz humana, porque en Cristo reconoce la plenitud de lo humano y de Él recibe la misión de anunciar y contribuir a la realización del Reino de Dios, aprendiendo “de su amor y obediencia filial al Padre, de su compasión entrañable con el dolor humano, de su cercanía a los pobres y a los pequeños, de su fidelidad a la misión encomendada, de su amor servicial hasta el don de su vida” (DA 139).

El ‘código’ de vida del discípulo se concreta en la *praxis* del mandamiento nuevo del amor testimoniado por Jesús quien, siendo Dios “trabajó con manos humanas, reflexionó con inteligencia humana, actuó con voluntad humana y amó con corazón humano [...] siendo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado” (GS 22)¹⁸. Este es el signo distintivo de cada seguidor y también de la Iglesia, cuyo testimonio de caridad fraterna será el principal y primer anuncio (cf. DA 138).

4.2. *El seguimiento de Cristo como camino de realización humana*

Como afirma el Vaticano II “quien sigue a Cristo, el hombre perfecto, se hace más hombre” (GS 41). Solo en el encuentro con esa Persona, en la que resplandece lo mejor de lo humano, se puede develar el misterio del propio yo¹⁹. El discipulado, entonces, es un camino de fe que nos permite el conocimiento de Cristo así como también la realización existencial, cuyo fruto es una nueva manera de ser y vivir²⁰.

¹⁸ H. U. von Balthasar respondiendo a la pregunta ¿qué significa practicar la fe? afirma que un cristiano cuando vive concretamente su fe “pone en circulación los dones recibidos a favor de los semejantes [...] porque lo principal es el amor cristiano vivido” (H. U. von BALTHASAR, *Quién es cristiano*, 99).

¹⁹ Como señaló Juan Pablo II “el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes– debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe apropiarse y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se actúa en él este proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo” (JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, en AAS 71 [1979] 257-324, n. 10).

²⁰ “En el centro de la visión cristiana del hombre se coloca necesariamente Jesús. Él, en su vida concreta y en concreto en su revelación del Padre, revela el hombre al propio hombre” (L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos*, San Pablo, Madrid 2007, 60).

El discipulado de Jesucristo y la vida plena son, por tanto, dos aspectos de una misma realidad. El seguimiento “es un camino de educación hacia nuestro verdadero ser, hacia la forma correcta de ser hombres”²¹, porque los discípulos no solo portan la vida verdadera a los otros sino que también experimentan ellos mismos el esplendor de la vida humana, la experiencia humanamente plenificante de ser de Cristo (cf. DA 14)²².

El seguimiento de Cristo, que revela al hombre lo que el mismo hombre es, introduce en un dinamismo en vista de “realizar la imagen de Jesucristo, nuevo Adán” (DA 27). Desde esta perspectiva el discipulado (la *ortopraxis* de la fe) no es una teoría, ni una serie de reglas por cumplir, ni nociones por aprender sino un camino de educación existencial para develar el verdadero ser del hombre y su sentido, es el camino hacia la verdad de sí mismo provocada por la fascinación que Cristo provoca (cf. DA 277)²³.

De esta manera los anhelos humanos de vida plena, que están fundados en la realidad de la fe, adquieren una densidad teológica consistente: Dios en Jesús aparece como la respuesta plena y totalmente cierta a la cuestión de sentido auténtico de la vida humana y de la búsqueda de realización de las más íntimas aspiraciones del hombre (cf. DA 43)²⁴. El encuentro con Cristo, origen de la conciencia del discípulo, es, por tanto, “el encuentro con Aquel que responde y satisface plenamente mi deseo y mi pregunta de manera gratuita e inimaginable”²⁵. En otras palabras, “el ser humano que descubre a Cristo, entonces se descubre en él [...]. El estupor que genera el encuentro en buena medida se basa en la sorpresa de hallar que existe un lugar, un momento preciso, en el que Alguien, al mostrarse ante mí, me descubre en toda mi verdad”²⁶.

²¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana*, 29.

²² L. F. Ladaria sostiene que “la realización de la humanidad está en el seguimiento de Jesús, en la participación en su misión. La humanidad de cada uno crece en la medida que aumenta la unión con Cristo. La participación en esta plenitud de Cristo tiene su fundamento en el hecho que el Hijo de Dios, asumiendo la humanidad concreta de Jesús, se ha unido misteriosamente a cada uno de nosotros. La dignidad que la persona divina del Hijo otorga a la humanidad asumida se nos comunica también a nosotros, porque a todos se ha unido al hacerse hombre y compartir nuestra condición” (L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos*, 62).

²³ R. GUERRA, *Una antropología para América Latina. Comprensión cristiana de lo humano en Aparecida*, en CELAM, *Testigos de Aparecida*. II, Bogotá, CELAM, 2008, 150.

²⁴ Cf. A. CADAVID, *La Cristología en el Documento*, 438.

²⁵ F. PETRILLO, *Conciencia y fidelidad de los discípulos misioneros*, 129.

²⁶ R. GUERRA, *Una antropología para América Latina*, 149.

4.3. *El seguimiento en comunidad*

La comunidad de los discípulos tiene su paradigma, modelo y fuente en la comunión trinitaria. Por la fe y el Bautismo el discípulo acoge “la acción del Espíritu Santo que lo lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y llamar a Dios ‘Abba’” (DA 157) liberándolo del aislamiento del ‘yo’ para ser conducido a la comunión con un ‘Tú’ (cf. DI 3)²⁷.

Desde esta óptica la fe en Cristo, el encuentro con Él y el hecho de seguirlo excluyen cualquier tipo de individualismo, pues “quien cree en Jesucristo, no sólo ha encontrado en realidad un modelo ético para un seguimiento particular, sino que se le exige también romper interiormente con el ‘yo’ meramente particular en la unidad del Cuerpo de Cristo”²⁸. En otras palabras, “el discípulo es tal en la medida en que forma parte de una fraternidad: la Iglesia”²⁹.

Así, “la dimensión vertical de la comunión hace posible la apertura horizontal, su eclesialidad”³⁰, que se concretiza en la “comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas” (DA 184). La Iglesia es comprendida así como ‘misterio de comunión’ (cf. DA 547), espejo de la comunión trinitaria y, por ello, capaz de generar vida tanto en los ámbitos personal, eclesial, como en el mundo. La comunión, por tanto, no solo expresa una forma de vivir sino también manifiesta una relación directa con la naturaleza e identidad de la Iglesia, siendo un signo distintivo por medio del cual está llamada a ser reconocida como seguidora de Cristo y servidora de la humanidad (cf. DA 161).

La vocación al discipulado se entiende también como una convocación a la comunión en la Iglesia, donde se hace el camino de la fe siguien-

²⁷ La fraternidad cristiana “se basa profunda y definitivamente en la fe que nos asegura que somos realmente hijos del Padre del cielo y hermanos unos de otros. Tal convicción nos exige ser cada vez mucho más conscientes de la dimensión social de la fe” (J. RATZINGER, *La fraternidad de los cristianos*, Sígueme, Salamanca 2005, 70).

²⁸ *Ibidem*, 74.

²⁹ J. LEGORRETA, “La Iglesia en el Documento de Aparecida”, *Christus* 72 (2007) 763, 48. En otras palabras “la única vida en Cristo se especifica como configuración a Cristo en la pertenencia a su Iglesia” (D. VITALI, *Jesucristo, Camino, Verdad y Vida: eje transversal de Aparecida*, en: PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, *Aparecida 2007. Luces para América Latina*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2008, 29).

³⁰ E. BUENO, *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998, 77.

do a Jesús y viviendo una experiencia permanente de comunión y misión con los hermanos (cf. DA 164), teniendo como fuente, modelo y destino la comunión trinitaria (cf. DA 524); como fundamento sacramental el Bautismo; como alimento la Eucaristía (cf. DA 158); y como itinerario la vida histórica de Jesús (cf. DA 154).

5. El seguimiento, camino de conversión

“La ‘fe que actúa por el amor’ (gal 5,6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre” (PF 6). La V Conferencia optó por fortalecer la identidad del sujeto creyente. Y esa identidad no se configura sólo con unas necesarias prácticas –religiosas y/o de acción social– sino que, primera y sustancialmente, con una relación personal y comunitaria, constante y creciente con el único Maestro (cf. DA 244)³¹. Y esta proximidad integral con Cristo (en el sentido que abarca todas las dimensiones del hombre y no solo aspectos), hace al hombre más consciente de su indignidad. Sólo a la luz de Cristo, mediante el acto de la fe, aparece ante los ojos de los discípulos toda la gravedad del pecado, porque solo a partir de Él el hombre puede darse cuenta de quién es Dios, cuyo amor ha rechazado³².

En este contexto, la conversión es entendida, desde la acción transformadora de la fe, como la respuesta “de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir detrás de él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida” (DA 278b)³³. La conversión más fundamental no pareciera estar primeramente en el orden moral sino en un cambio de ‘centro’. El discípulo que ha conocido a Jesús y se decide radicalmente por él deja atrás ‘otros centros’ para que su vida gire en torno a ese ‘Otro’ “que manifiesta una estatura huma-

³¹ F. Petrillo señala que “sólo Dios corresponde a la exigencia de totalidad del corazón humano [...]. Una vaga religiosidad no es capaz de despertar al sujeto. Solo el encuentro con una persona viva en la que resplandece lo mejor de lo humano, puede desvelar el misterio del propio yo” (F. PETRILLO, *Conciencia y fidelidad de los discípulos misioneros*, 132).

³² Cf. L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos*, 86.

³³ La conversión es entendida como una gracia: “Mientras suplicamos la gracia de la conversión” (DA 14).

na excepcional porque transmite también su ser divino tan excepcional”³⁴. Será a partir de ese nuevo ‘centro’ de donde surgirán las fuerzas, las motivaciones, y las razones más profundas para los ulteriores pasos del proceso discipular³⁵.

El seguimiento, sin embargo, supone también una comprensión dinámica de la conversión, entendiéndola como un proceso permanente e integral (cf. DA 382). Ciertamente existe una primera y fundamental conversión pero ésta deberá ir acompañada de ‘sucesivas conversiones’ que van ‘recreando’ la vida del discípulo a partir de un encuentro cada vez más profundo y vital con Jesucristo. De ahí que paulatinamente este camino de conversión a Jesucristo y a su proyecto del Reino (cf. DA 226a) se va traduciendo en una ruptura con ‘lo anterior’ y en un fortalecimiento de la *ortopraxis* cristiana (cf. DA 491). No basta llamarse cristiano, conocer la doctrina y cumplir las fundamentales prácticas religiosas o de caridad si ello no se traduce en el esfuerzo personal por crecer en la fidelidad a la persona de Jesús, a su estilo de vida, a su obra y a su justicia.

Testimoniar existencialmente la vida de Jesús (cf. EA 67) en vista de la realización del Reino, no es una tarea ulterior sino que se entiende en la misma dinámica del proceso discipular y conlleva también una moral progresivamente acorde con el Evangelio de Jesús. Como lo señaló recientemente Benedicto XVI “la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su ‘sí’ a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este ‘sí’ transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable” (*Benedicto XVI, Catequesis del 24 de octubre, Ciudad del Vaticano, 2012*).

6. La misión: transmitir el acontecimiento de fe en Cristo

En estrecha vinculación con la categoría ‘encuentro’, la misión discipular –siempre entendida eclesialmente– es guiada por el imperativo de trans-

³⁴ Cf. F. PETRILLO, *Conciencia y fidelidad de los discípulos misioneros*, 127.

³⁵ R. Fabris, relatando la vida de San Pablo, señala que “el encuentro con Jesucristo ha cambiado a Pablo [...]. Si con el término conversión se entiende esta nueva y radical orientación religiosa, se puede hablar de la experiencia de Damasco como de una ‘conversión’. Para Pablo cambia el centro de gravedad. En el puesto de la ley ahora está Jesucristo” (R. FABRIS, *Paolo di Tarso*, Paoline, Torino 2008, 64).

mitir la fe. Pero, en el concierto de *Aparecida*, esta evangelización busca no ser primeramente la enseñanza de una ley, de unos mandamientos, o de una doctrina, sino del mismo Jesucristo. Por ello la misión va entrañablemente ligada al connatural deseo de que los 'otros' conozcan a Jesús y se conviertan en sus seguidores.

Sin embargo, hacemos la salvedad que la transmisión de la fe supone la experiencia, pero también la adecuada formación doctrinal, el creciente conocimiento de la Palabra y el anuncio fiel de un mensaje que exige una constante profundización. La débil formación catequística en muchas de nuestras comunidades es el fiel reflejo de una forma de comprensión de la transmisión de la fe fundada en experiencias, en proyectos, pero no en un encuentro de fe integral.

Con esta certeza, *Aparecida* manifiesta una particular perspectiva de la misión, iluminada por la categoría bíblica 'vida'. En efecto, los discípulos son misioneros para que los *pueblos en Cristo tengan Vida*. Así, la misión es comprendida en el amplio sentido de comunicar la Vida plena para todos, lo que obviamente supone, como un elemento insustituible, el anuncio explícito e implícito del *Kerigma*, pero también comporta anunciar abiertamente la Vida nueva en Cristo, y comprometerse activamente para que ésta se concrete en toda su integralidad.

Esto, evidentemente, presenta desafíos de enorme interés en la línea de la Nueva Evangelización, es decir, de proclamar el Evangelio en las categorías y las circunstancias del hombre de hoy, inculturando el anuncio; también desafía al discípulo a comprender que esta oferta de la Vida, no es sólo una propuesta espiritual sino que también, desde las coordenadas joánicas, tiene implicaciones concretas en la contingencia histórica del seguidor y de los receptores de la misión.

De ahí, se afirma que la centralidad de la categoría 'vida' obedece a una comprensión misionera más amplia. La Buena Noticia involucra todos los aspectos que integran la existencia del hombre, desde lo más trascendente –la vida eterna– hasta lo más contingente –comer, por ejemplo–. Todo lo humano queda envuelto en esta tensión hacia la vida plena.

Un aspecto novedoso de la propuesta es que se asocia la felicidad humana a la misión de comunicar vida. Los discípulos, por desborde de gratitud y alegría, van al encuentro de los 'otros' para compartir con ellos la experiencia de fe acontecida en el encuentro con ese 'Otro' que los ha

transformado y que le ha dado sentido pleno a su historia. De esta manera, el anuncio es la comunicación de la Buena Noticia que responde a las búsquedas de la humanidad y a sus expectativas de sentido, es el anuncio de Jesucristo, paradigma arquetípico de lo humano, que se ofrece como la Vida a los hombres –también a los no creyentes–, y es el camino de regreso a la casa del Padre.

La misión, bajo estas coordenadas, consiste en el anuncio creyente de Jesucristo, la Vida, para la plenitud del hombre, en un movimiento pro-existente, sin fronteras, que se origina en un amor que dejaría de ser el mismo si no se dona, y cuyo horizonte es comunicar la Vida a toda la familia humana. Los protagonistas de este dinamismo son los discípulos que, a su vez, quizás de manera incipiente pero real, ya participan activamente en esta Vida porque están inmersos en el camino del seguimiento de Quien es la Vida.

7. Conclusión. Una pastoral fundada en la persona del discípulo

El devenir de este escrito ha puesto en evidencia que *Aparecida* tuvo como núcleo articulador la persona del discípulo y su *ortopraxis* de la fe. Esto, como se enunció oportunamente, es un cambio de paradigma o, al menos, una interpelación a la evangelización centrada en el 'quehacer', donde claramente la valoración de la acción pastoral está relacionada con cantidades.

Entrañablemente unido a lo anterior, la opción por la persona del discípulo también trasluce un cuestionamiento a los métodos pastorales en los cuales el acontecimiento de la fe, y la transmisión del mismo, está supeditado al uso abusivo de ciencias auxiliares. La sicología, la sociología, la pedagogía, entre otras disciplinas, parecen haber sustituido un adecuado discernimiento evangélico y su consecuente acción pastoral. En consonancia con lo señalado, ante el método ver, juzgar y actuar *Aparecida* pone un punto de inflexión al subrayar que “la adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios [...] y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método” (DA 19). Es decir, el método sólo tendrá sentido para la misión de la Iglesia con el insustituible presupuesto de que la persona que lo usa y desarrolla es, ante todo, un creyente que mira, juzga y actúa como tal.

Análogamente, las ciencias auxiliares 'auxiliarán' auténticamente a la teología pastoral sólo cuando su uso es adecuado. El abuso de insumos sociológicos, psicológicos o de otras disciplinas pueden debilitar el seguimiento creyente, dejando poco espacio al verdadero 'combustible' de la pastoral que es el acontecimiento de la fe y la acción de la gracia que lo suscita, que lo sostiene y que permite el discipulado. Por ello resulta pertinente, novedosa y provocadora la acentuación en el sujeto creyente. No es lo que hace, sin desmerecer su importancia, lo nuclear del acontecimiento cristiano, sino la densidad del mismo el que fundamenta la auténtica y eficaz transmisión de la fe del sujeto creyente. Cuando existe esa consistencia resulta posible la integración de las ciencias auxiliares.

Pero esto conlleva al menos otra reflexión. El paradigma de hombre creyente, propio de la cultura latinoamericana, cambió. Transitamos de un hombre, cuyo hábitat era una cultura cristiana a uno que está mutando en medio de una cultura llena de signos disonantes con la fe. Este y otros hechos hacen que el supuesto para desarrollar una adecuada pastoral –que es el hombre de fe- no esté y, por tanto, la acción evangelizadora ha de ir a la capilaridad misma, a lo más basal, que es la formación germinal del discípulo misionero. En otros términos, la auto realización eclesial en el hoy de la historia ha de integrar como un hecho de la causa la ausencia de los presupuestos de una cultura cristiana y aceptar que, en no pocos casos, debe enfrentar una realidad pastoral del primer anuncio.

Esto va entrelazado con una lectura de la realidad iluminada por la fe (cf. DA 19). En efecto, no es nuestro voluntarismo ni nuestras fuerzas ni los métodos los que hacen viva la evangelización, sino que es la actualización de los misterios de la fe en el hoy de la historia, con modos adecuados, es decir, coherentes en su revestimiento con el tesoro que contienen. Solo desde el encuentro con Cristo la Iglesia podrá vivir confiada en la eficacia misteriosa de su acción. La fe asimilada, vivida, celebrada y anunciada es el mejor camino de una auténtica evangelización situada en este tiempo. No son nuestros planes, ni nuestros proyectos, ni las innumerables páginas teóricas sobre la evangelización las que transformarán la historia; tampoco una pastoral pensada desde la distancia de una oficina o de la mente de un teórico; sino que el principio de transformación proviene de cristianos convencidos que sean confesores de su fe.

La consistencia del seguimiento en *Aparecida*, en síntesis, no está en lo

que el cristiano hace sino en lo que es. Esto supone una opción preferencial por la persona, y por la maduración de su fe, por medio de una formación integral, kerymática y permanente que integre todos los aspectos de la vida del hombre (cf. DA 280). Frente al gris pragmatismo de la vida cotidiana y al relativismo creciente que asola las diferentes latitudes de nuestra cultura solo serán capaces de testimoniar la Vida plena del Evangelio personas que han tenido la experiencia del encuentro con Cristo, que han hecho el camino de la fe, propio del discípulo, y que se han comprometido vivamente con la persona del Señor en la coherencia de la vida. Así, la clave discipular propuesta supone un seguimiento pero también un conocimiento del Señor y de su Palabra que permitan, en un mundo complejo, vivir la fe con ardor y provocadora audacia.

La lúcida afirmación del profesor Francisco Merlos sintetiza lo señalado precedentemente: “toda acción pastoral ha de considerarse como una pública profesión de fe, diaconalmente vivida y fundada en las certezas que solo el Señor puede brindar a los evangelizadores. Certezas que los llevan a vivir como aliados del Dios que no defrauda, porque saben en quien han puesto su esperanza”³⁶.

Bibliografía

- ARTEAGA A., “La in-creíble actualidad del misterio de Cristo”, en *Teología y Vida* 45 (2004) 1/2, 196-209.
- BALTHASAR H. U VON, *Quién es cristiano*, Sígueme, Salamanca 2000.
- BENEDICTO XVI, *Discurso de su santidad Benedicto XVI a los cardenales, arzobispos, obispos y preladados superiores de la curia romana*, 21 de diciembre de 2007, en AAS 100 [2008] 26-33.
- BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida*, 13 de mayo de 2007, en AAS 99 (2007) 445-464. (DI).
- BUENO E., *Eclesiología*, BAC, Madrid 1999.

³⁶ F. MERLOS, *Teología contemporánea del ministerio pastoral*, Editorial Nueva Palabra, México 2012, 267.

- CADAVID A., "La Cristología en el Documento de Aparecida", *Medellín* 33 (2007) 131, 417-445.
- FABRIS R., *Paolo di Tarso*, Paoline, Torino 2008.
- GALLI C., "Líneas cristológicas en Aparecida", en CELAM, *Testigos de Aparecida. I*, CELAM, Bogotá 2008.
- GUERRA R., *Una antropología para América Latina. Comprensión cristiana de lo humano en Aparecida* en: CELAM, *Testigos de Aparecida. II*, CELAM, Bogotá 2008.
- JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, en AAS 71 [1979] 257-324.
- LADARIA L. F., *Jesucristo, salvación de todos*, San Pablo, Madrid 2007.
- LEGORRETA J., "La Iglesia en el Documento de Aparecida", *Christus* 72 (2007) 763, 46-49.
- MERLOS F., *Teología contemporánea del ministerio pastoral*, Editorial Nueva Palabra, México 2012.
- PETRILLO F., "Conciencia y fidelidad de los discípulos misioneros" en: PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, *Aparecida 2007. Luces para América Latina*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2008.
- RATZINGER J., *La fraternidad de los cristianos*, Sígueme, Salamanca 2005.
- RATZINGER J., *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y caridad*, Edicep, Valencia 2005.
- RIVAS L., "Discípulos para la misión en el Nuevo Testamento", *Teología* 94 (2007) 473-505.
- SAYÉS J. A., *Razones para creer*, San Pablo, Madrid 1992.
- V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE EN APARECIDA, *Documento conclusivo*, CELAM, Bogotá 2007.
- VITALI D., *Jesucristo, Camino, Verdad y Vida: eje transversal de Aparecida*, en: PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, *Aparecida 2007. Luces para América Latina*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2008. (DA).

Artículo enviado el 7 de marzo de 2013

Artículo aceptado el 10 de abril de 2013